

La vergüenza de vestirse. Prohibido no tocar

Bellinghausen, Hermann

Hermann Bellinghausen: 36 años, publicó recientemente un libro de crónicas y otro de poemas.

Marzo de 1988. Ahora sí, ¿esto es hard stuff como en las grandes capitales del mundo? ¿El espectáculo de la libertad de expresión? ¿Es a la glasnot lo que el nacionalismo revolucionario al realismo socialista de los treinta? ¿O es reventón?, siempre idéntico a sí mismo, lo que aterriza durante la segunda función de un teatro de la capital (siendo la tercera a las once de la noche este miércoles sin ceniza). Un trozo del México típico y exportable se asoma muerto de risa. ¿No que no?.

A lo largo de la tanda, las muchachas serían muy complacientes, hasta encimosas, tanto en la pasarela como en el escenario y las mismísimas butacas de los caballeros, pero eso nadie tenía por qué saberlo antes de la función. Las primeras cinco o seis filas estaban llenas; atrás, dos policías aburridos.

El público: hombres animosos o tímidos, borrachos o nada más eufóricos, solos, en tríos de guanajuatenses destrampados, grupos de adolescentes desaliñados. Uno que otro señor de edad: peinar canas y eso; la mayoría, muy jóvenes. Sin el gafete reglamentario de identificación social, pero hasta el menos sociólogo deducía que los asistentes pertenecían al proletariado o clase obrera o, como decía Renato Leduc, las clases económicamente débiles.

La primera muchacha se desnudó lo más rápido que pudo, paseó su desnudez largamente alrededor del teatro al compás de cualquier música, como si hubieran prendido un radio y con eso le bastara. Mostró su vulva por medio de contorsiones más o menos impresionantes y finalmente invitó a los primeros de cada fila a que le chuparan los pechos. Uno se las arregló y le metió el dedo completico en la vagina. Aplausos. La siguiente, una mujer de edad que se encueró con ayuda de un entusiasta, paseó sus celulíticos volúmenes, se acuclilló en el borde del escenario con las piernas abiertas e invitó al primero de la fila a que le lamiera el sexo. Así se siguió con varios, se le sentó a otro sobre las piernas mientras les trabajaba sendas chaquetas a los de los lados. Subió al tablado. El prógnata y echón que nunca falta le gritó que ai luego se veían, la señora lo llamó, él le indicó que bajara ella; ella se

negó. O sea, no concretaron. A uno medio hablador, Lluvia (así se llamaba la señora) le dijo:

Uy, si esa ya no dispara señalándole salva sea la parte .¿Entonces a qué vienes?.

Consignas como ¡pelos! a la antigua usanza no hicieron ninguna falta. Esta mujer regalaba pelos a quien quisiera arrancárselos a mordiscos. Lo intentaron varios, los hizo arrastrarse de rodillas metiéndoles la cabeza entre sus piernas, hacia abajo por la pasarela. Unos sobre otros se encimaban para besarle las nalgas.

La siguiente, una rubia muy amable, les ayudó a venirse a dos chavitos y a otro le dio chichi un buen rato, como que le hacía falta. Era el prógnata; la montaña vino a él, bajó y se lo ensartó entre sus fuertes muslos de mujer que sabe apretar.

Luego compareció otra actriz, más o menos espectacular todavía porque parecía hombre a pesar de sus indudables pechos, y de culo al público dio una exhibición de apertura y cierre del esfínter anal como para congreso de proctólogos. Organizó una verdadera batalla campal de chavos trepándosele por todas partes hasta que uno, cacarizo, se bajó los pantalones y se le metió por detrás. La dama lo llevó así al escenario y lo paseó por la pasarela, a rastras, los pantalones caídos esposándole los pies. Ofrendó una larga mamada bastante profesional, y volteó hacia el público con cara de asco y dijo «¡caca!» igual que gremlin.

Finalmente se le trepó para que el otro pobre por fin se la pudiera coger y venirse. Se levantó la diva y dejó al otro arrojando todavía chorros de semen, la espalda contra el suelo hasta que puso la verga sobre la tarima para terminar y que se le enfriara. Regresó a su asiento sin subirse los pantalones.

Oscuridad. Se enciende una luz y camina hacia el proscenio alguien muy parecido al ex presidente Miguel de la Madrid con guayabera y pantalón marfil, se pone de frente con los brazos caídos, como paralíticos, y empieza a hablar pausadamente.

Mexicanos.

Narra con detalle la manera en que, atendiendo la petición de sus amigos comerciantes, firmó un pacto, para así, además de satisfacer a sus amigos que tan bien le caen, fregar a las clases populares como deber patriótico emanado de nuestras instituciones revolucionarias. Tiene la cara, el pelo entrecano, las entradas, el empaque del presidente mexicano, pero su voz nada tiene que ver: es la voz fuerte e im-

postada de un actor profesional. El público casi no ríe, pero contribuye con insultos y silbidos.

Bueno, ai muere. Ya aquí entre cuates, qué joda nos está dando el gobiernito que tenemos continúa en tono amigable, para sin transición iniciar una arenga dramática, rabiosa, iracunda, invitándonos a todos a acabar con la tiranía del PRI.

Somos un país de pendejos dice, y sintiéndose aludidos, todos le aplauden.

Explica cómo el arquitecto, especialista en túneles, Caro Quintero, podría pagar toda la deuda externa en dólares y todavía prestarnos el cambio por sí las moscas. «Pero no lo dejan salir del reclusorio».

Concluyó su número contando chistes de los que cuando yo era niño se llamaban verdes, o colorados. En uno, comparaba las tetas de Margaret Thatcher con las Malvinas, el trasero de Kohl con las dos alemanias y el miembro inerte de un secretario mexicano (omitió el nombre) con la crisis: nada los para.

Salió un ilusionista pintándole mocos al prógnata que ya recuperado de la lactancia lo recibió a chiflados, convirtió la tea que se traía entre manos en largo bastón y luego plumero multicolor. Apareció y desapareció palomas a su gusto; del fuego sacó una. Vomitó sin parar quién sabe cuántas mascadas. Se desapareció una mano.

Un mago de primera.

Transcurrió un intermedio a régimen de pepsicola y desfilaron nuevas gorditas, incluida una rarotonga, la más frígida de todas; corno que tenía prisa por terminar y limpiarse la saliva de las ingles, el pubis y los pezones. Esa es su chamba, ni modo. El cacarizo del principio subió dispuesto a repetir su faena, el sonido local lo animó a ver si puedes y el público pidió al unísono:

¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!

Pero la rarotonga no venía de vena, lo desdeñó y dejó paso a un ropero inmenso, muslos de toloche y nalgas redondas como canicas: un trabajo radical de siliconearía. Se hizo besar en la boca; a un chaparrín lo encueró en escena, se burló de su pene flácido y mímicamente le sugirió masaje. El chaparrín intentó masturbarse pero nada. Aquel ropero de mujer regresó al chaparrín a su lugar con los calzones

en la mano e invitó a otro voluntario. Pensé en un programa de concursos con Chabelo. Lo encueró también. Era pasmosa la facilidad con que estos hombres se dejaban vejar por las vedettes, con la misma naturalidad con que ellas se dejaban chupar y mallugar por ellos. Volteó al público y preguntó:

¿Se la mamo?

Previsiblemente, se oyó un unánime sí.

¿Me quito todo? señalando la lentejuela que le tapaba las tetas operáticas. Su pubis, bajo calzón traslúcido, enseñaba vello.

Acostó sobre la duela a su invitado. Agachó sobre el caído su mole silicónica, le meneó inútilmente la inhibición fálica y mientras el sonido proclamaba:

Y él es.. Estefaniíí la vedette se delataba varón al desnudar su pecho liso y arrancarse la peluca. El público aplaudió. El hombre caído caminó también desnudo pero con los zapatos puestos y regresó a su sitio; sus cuates lo escarnecieron. y él compungido-divertido, dio a entender que pensaba: «Ni modo, ora sí me chingarón». (Nótese: muchos asistentes estuvieron dispuestos a desnudarse sobre el escenario, pero ninguno toleró que lo vieran vestirse de nuevo, como si la humillación no fuera la ida sino el regreso).

La función concluyó con los únicos cuadros de danza y encuere que parecían ensayados y no requerían la participación del público. Cuatro efebos eficientes y la estrella del lugar, Olga Muñiz, dieron solaz, relax y esparcimiento a la concurrencia, en particular durante el número de las telarañas y las tangas negras, cuando Olga y uno de sus partners ilustraron unas quince posiciones de manual, antes de irse él y quedar ella completamente desnuda en el centro del escenario, el trasero al aire. Una mujer hermosa, de buen cuerpo, como queriéndose parecer, hasta en los mohines, a Verónica Castro. Exhibió su pubis un rato más, cantando «Cuando calienta el sol aquí en la playa siento vibrar tu cuerpo cerca de mí» y a la voz en off de Luis Miguel que repitió «Sonny» cuatro veces ella practicó diversas contorsiones.

Dio la espalda al respetable, se inclinó hacia adelante, mostró entre la abertura de sus piernas sus dos pechos redondos, y desconriéndose con los dedos los labios mostró la rojinegra humedad de su fruta.

Se irguió, alzó los brazos, agradeció el homenaje de su querido público y se retiró, ella sí intacta.

Nexos , N° 139, Julio de 1989